





HEREJES  
Y  
TRAIIDORES





**LIBRO I**

**HEREJES  
Y  
TRAIDORES**



**LA ERA DE MIGUEL I**

**QUIN DELGADILLO**

©copyright Autor: Quin Delgadillo

Herejes y Traidores – Primer libro de la saga «La Era de Miguel»

ISBN: 978-9917-0-2687-7

Deposito Legal:8-1-2071-2023

Hecho el depósito que indica la ley en el Decreto supremo N° 28598

Reservados todos los derechos, queda rigurosamente prohibida, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

1ra. Edición, junio 2023

### TITULO DE LA OBRA

«LA ERA DE MIGUEL» - Tomo I

Libro 1: Herejes y Traidores.

Libro 2: Nacen los héroes.(próximamente, septiembre 2023)

Libro 3: El ataque de los lobos infernales. (próximamente, enero 2024)

**Autor:** Quin Delgadillo

**Cel:** 77024030

**E-mail:** qdelgadillo@gmail.com

**Web:** www.quindelgadillo.com

**Facebook:** www.facebook.com/quindelgadillo

**ISBN:** 978-9917-0-2687-7

**Depósito legal:** 8-1-2071-2023

**Corrección:** Lic. Juan Alain Muñoz Hurtado. Cel: +591 709-44581

**Ilustración de portada, mapa y artes:** Milton Jairo Panozo Mejia

Seudónimo, H'amilton. Instagram: @miltonjairopanozo

**Fotografía del autor:** Peter de Souza. Cel: +591 609-03623

**Diseño de Portada:** Msc. Lic. J. Paulo Morales V. - Ideographic Studio.

**Impreso en:** Imprenta Jiménez.

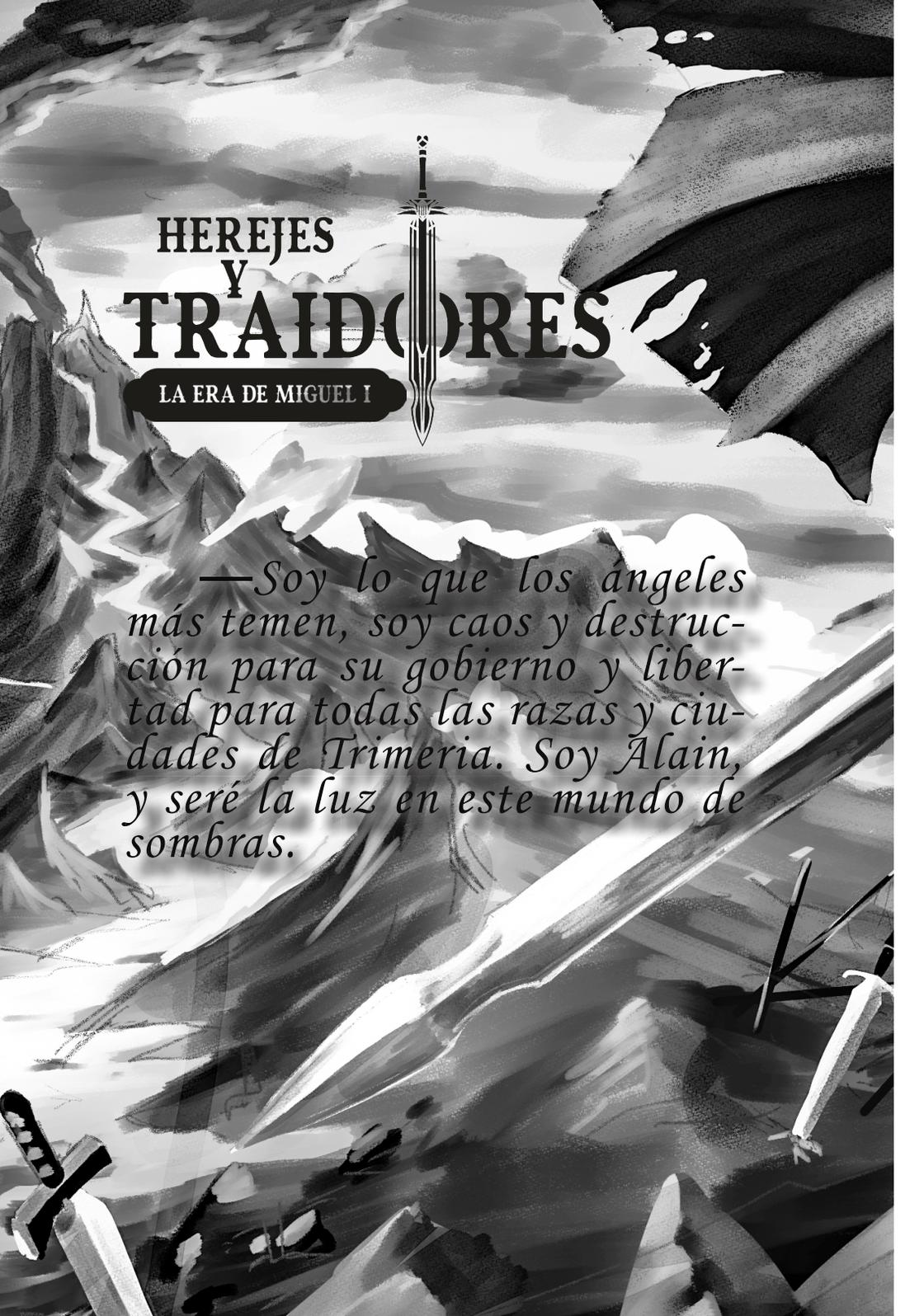
# DEDICATORIA

*Este libro se lo dedico a mi padre, Joaquín Delgadillo Caballero.*

*A ti padre dedico este talento. Me diste dos grandes regalos que marcaron mi vida para siempre.*

*El primero, fue la vida y enseñarme a vivirla.*

*El segundo, fue el don, el ejemplo y la sabiduría. ¿De dónde más hubiera sacado este talento tan hermoso que es la escritura? Fue de haberlo visto trabajar en sus libros día y noche. Aprendí de un grande y tuve la dicha y el orgullo de verlo publicar sus primeros libros. Me hubiera gustado mucho que ahora tú, «padre querido», me vieras escribir mis libros. Ver tu sangre correr por mis venas y hacer a mis manos escribir. Sangre de un gran hombre, de un gran escritor. Te doy gracias por lo que me heredaste y sé, que desde el cielo disfrutarás de esta gran historia que yo, tu hijo «Quín» apenas comienzo a escribir.*



# HEREJES Y TRAIDORES

LA ERA DE MIGUEL I

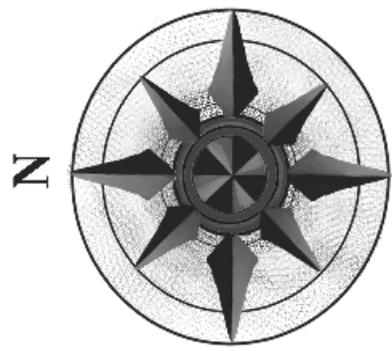
—Soy lo que los ángeles más temen, soy caos y destrucción para su gobierno y libertad para todas las razas y ciudades de Trimeria. Soy Alain, y seré la luz en este mundo de sombras.



H'  
M  
N



# SUR DE TRIJMERJA





# CONTENIDO

<i>DEDICATORIA</i> .....	7
<i>MAPA</i> .....	10
<i>PRÓLOGO - GUERRA</i> .....	15
<i>ILUSTRACIÓN - ESTATUA DE LOS ÁNGELES</i> .....	28
<b><i>PRIMERA PARTE</i></b>	
<b><i>EL CAMINO DE ALAIN</i></b> .....	<b>31</b>
<b><i>CAPÍTULO 1 - LADRONES</i></b> .....	<b>33</b>
<i>ILUSTRACIÓN - UN JUICIO JUSTO</i> .....	52
<b><i>CAPÍTULO 2 - PAZ CON EL PASADO</i></b> .....	<b>55</b>
<i>ILUSTRACIÓN - TRES CABEZAS POR DOS PIEDRAS</i> .....	74
<b><i>CAPÍTULO 3 - EL APOSENTO ALTO</i></b> .....	<b>77</b>
<i>ILUSTRACIÓN - EN LA TABERNA EN TAVERIM</i> .....	92
<b><i>CAPÍTULO 4 - ESPERANZA, AUTORIDAD Y DEMENCIA</i></b> .....	<b>95</b>
<b><i>CAPÍTULO 5 - LA DÉCIMA TERCERA CIUDAD</i></b> .....	<b>109</b>
<b><i>CAPÍTULO 6 - CORRUPTO Y SIN ESCRÚPULOS</i></b> .....	<b>129</b>
<b><i>CAPÍTULO 7 - EL CONCILIO DA INICIO</i></b> .....	<b>135</b>
<b><i>CAPÍTULO 8 - EL LIBRO SAGRADO Y LOS HUESOS</i></b> .....	<b>153</b>
<b><i>SEGUNDA PARTE</i></b>	
<b><i>LA CIUDAD DE AURIAS</i></b> .....	<b>171</b>
<b><i>CAPÍTULO 9 - LAS TRES CAÍDAS</i></b> .....	<b>173</b>
<b><i>CAPÍTULO 10 - LUZIANOS Y SANGRIANOS</i></b> .....	<b>191</b>

<i>CAPÍTULO 11 - EL DÉCIMO TERCER ÁNGEL</i> .....	209
<i>CAPÍTULO 12 - LA FURIA DE ODO</i> .....	221
<i>CAPÍTULO 13 - ORDEN DE BÚSQUEDA Y CAPTURA</i> .....	233
<i>CAPÍTULO 14 - ATAQUE AL ALMACÉN</i> .....	251
<i>CAPÍTULO 15 - LA TORRE MÁS ALTA</i> .....	279
<i>EPÍLOGO - UN VISITANTE DE OSCURIDAD</i> .....	299
<i>NOTAS DEL CRONISTA DAN LANDEVIR</i> .....	305
<i>AGRADECIMIENTOS</i> .....	309

# PRÓLOGO

## GUERRA

**P**asé muchas noches sentado frente al fuego, preguntándome si debía escribir todo lo que viví, si debí haber seguido a «ÉL»; a quien cambió el mundo. Por registrar sus historias no soy cómplice de lo que hizo, como no lo ha sido ninguno de los cronistas anteriores a mí, ni lo serán los del futuro. ¡Yo no inventé esta historia! Solo fui un devoto más de la fe que escribí y registré cada detalle, hecho y acontecimiento.

No es mi culpa. Sin embargo, darla a conocer al mundo venidero, es mi decisión, y a la vez, una carga muy pesada. Creo que el mundo debe conocer su pasado, su historia. Debe saber qué ángeles, demonios y humanos coexistieron hace mucho tiempo; y que tuvieron sus alianzas, sus traiciones y sus guerras.

Yo, Dan Landevir, el último cronista de Aurias, fui testigo de muchos de los hechos que se narran en esta historia. Sin embargo, estos escritos no hablan de mí. Hablan de «ÉL», de aquel que se enfrentó a los devastadores, de aquel que desafió a los ángeles; de aquel que unió a hombres, mujeres y criaturas para que lucharan por sus ideales. Aquel tiempo lo conocimos como: «La Era de Miguel».

Ahora, ¿por dónde comenzaré a contar esta histo-

ria? Pienso que debería empezar hablándoles de una noche en particular, aquella noche que lo cambió todo. A «ÉL», en ese entonces lo conocíamos por otro nombre: un nombre de hombre. Aquel hombre y las cosas que hizo cambió el destino de todo el continente que conocíamos y habitábamos en ese entonces. Aquella tierra bendita la llamábamos, Trimeria.

Sí, debería empezar hablándoles de aquel hombre que trajo: palabras, tempestades, guerras, libertad y condenación para todas las razas de Trimeria; aquel al que los ángeles denominaron un hereje y un traidor, pero al que muchos amaron y siguieron. Claro que sí, una historia como esta debe de iniciar así...:



Alain alzó su copa y brindó:

—Por los nuevos tiempos que se aproximan, y por la caída de los ángeles —dijo y bebió vigorosamente. A continuación, desenvainó su espada que traía sujeta a su espalda y en un ágil movimiento seccionó el cuello de un extremo al otro. La cabeza rodó por el suelo ante los estupefactos ojos de sus dos encapuchados amigos.

—Es un sacrilegio lo que acabas de hacer, Alain —protestó el más alto y delgado de ellos, observando la cabeza de piedra, que llegó rodando hasta sus pies.

—¿Y cómo lo llamarás cuando sé la corte de verdad? —Preguntó Alain, mirando la estatua de piedra, a la que acababa de decapitar y que se encontraba detrás de él.

—No puedes andar por todo Trimeria haciendo estos actos. Todos consideran a los ángeles como dioses.

Mucha gente podría atacarte violentamente por eso. Sabes que lo considerarían una profanación que podría atraer maldiciones y catástrofes para todos tus amigos y tu ciudad. Y que la única forma de evitarlas sería vengarlos, haciéndote sufrir muy cruelmente —dijo su interlocutor. Vestía una capucha que cubría todo su cuerpo, como si no quisiera ser reconocido por quienes se encontraran con él.

—Está bien Ramsés —dijo Alain—. Ya no destruiré más esculturas divinas, que hombres incrédulos hicieron para alimentar el ego de estos dioses.

Alain guardó su espada en su vaina y contempló con ironía una vez más la escultura de piedra que se alzaba ante él. Eran las figuras de tres ángeles, carecían de alas, armadura y de cualquier otra particularidad que los caracterizaba, parecían personas comunes. El de la derecha, tenía la vista mirando al cielo, sus facciones eran serias y una constitución física delgada pero fuerte al mismo tiempo. Tenía el aspecto como el de un hombre que piensa en muchas cosas; como un ser divino lleno de sabiduría. Se podía apreciar que vestía una túnica con mangas anchas que le llegaban hasta el codo; era Baraquiel. La figura de la izquierda, era una preciosa mujer, de rostro fino y delicado; cabello largo y ondulado. Tenía una mirada apacible y piadosa, casi triste, dirigía su vista a la tierra. Era Anaita. El del centro, al que Alain había decapitado, traía el torso desnudo; tenía facciones bien marcadas y músculos fuertes; sostenía con sus marcados brazos el pomo de una espada que apuntaba al suelo. Alain recordó su rostro, tenía mandíbulas contorneadas, su aspecto general era el de un guerrero. Su mirada estaba clavada en quien sea que lo miraba de frente. Era Rael. Aquellos tres, eran la representación de los doce ángeles, que habían venido a la tierra

hace ya casi mil años atrás.

Pero aquella esplendorosa escultura no terminaba ahí. Una cuarta figura se alzaba por detrás y encima de los tres ángeles. Tenía los brazos abiertos y de su espalda dos enormes alas se extendían de un extremo al otro, cubriendo a los tres ángeles. Las alas estaban talladas con varias ondulaciones en forma de tirones de luz, que se dispersaban varios metros a diferentes lados; algunos a la derecha y otros a la izquierda, dando forma a las dos enormes alas de luz del arcángel Miguel. El único ser alado, tenía la cabeza dirigida al cielo y los ojos cerrados; sus facciones no eran muy reconocibles; ya que la lluvia, el musgo y el deterioro habían hallado cabida en toda la escultura, principalmente en el rostro del arcángel. Lo que hacía imposible percibir los detalles de sus facciones.

—¡Esplendorosa escultura! —exclamó Alain con ironía—, me llena de luz y esperanza ver la imagen de los tres ángeles que ahora nos gobiernan —miró a Ramsés y dibujó en su rostro una burlona sonrisa; al no escuchar ningún reproche continuó—. Dobleguemos nuestra voluntad una vez más al servicio del ángel Rael, hasta que nuestro arcángel regrese.

Alain terminó su proclamación con una absurda reverencia, probando una vez más la paciencia de Ramsés.

—¡Basta de estupideces, Alain! —estalló Ramsés, que por el sobresalto casi se le cae la capucha de la cabeza—. Llevamos una hora escuchando tus ideas y tus planes; pero no has dicho nada serio hasta ahora.

—¿Quieres oír algo serio? —dijo Alain y ensombreció su mirada fijándola en Ramsés—. Voy a derrocar a Rael y liberar a toda Trimeria de la tiranía de estos ángeles.

Aquello no sorprendió a Ramsés, ya se lo esperaba; lo que le sorprendió fue la convicción plasmada en ese par de ojos esmeraldas, que lo dejó sin palabras.

Habían encendido una fogata a pocos metros de la escultura de piedra, Alain los había reunido en secreto, para explicarles sus planes. Con mucho pesar, Ramsés había aceptado ir; pero ahora se estaba arrepintiendo. Tomó asiento sobre una roca alrededor de la fogata y dejó su copa de vino, media llena en el suelo. Por supuesto, Ramsés no brindaría, todo aquello iba en contra de sus creencias.

—Sí que estás loco, amigo mío —dijo una voz grave, la del segundo encapuchado, que hasta el momento no había intervenido en la conversación. Se aproximó con paso relajado hasta posicionarse al lado de Ramsés, agarraba su copa de vino con torpeza y bebía de ella sin ningún tipo de decoro. A continuación, se quitó la capucha dejando ver un rostro curtido por la guerra; traía una cicatriz en la sien derecha y una barba abundante y canosa. El veterano, era ancho de hombros, robusto y fuerte. Tenía una mirada que podía intimidar a cualquier hombre que osara ponerse delante de él. Era Ainar, Caballero Guardián de la ciudad de Aurias.

—Ya me conoces, mi querido amigo Ainar —dijo Alain con una sincera sonrisa.

—Y bien, ¿cómo se supone que derrocarás a doce ángeles? —preguntó Ainar con ironía.

—Solamente necesito matar a uno. A Rael —dijo Alain libremente.

—Entonces, ¿matas al principal de los tres que nos gobiernan y todos los demás se rendirán a tus pies? —volvió a preguntar Ainar.

—No necesariamente. Verás mi querido amigo — empezó a explicar Alain con gran naturalidad—. De sus tres líderes, solo debemos preocuparnos de uno, de Rael. Las historias cuentan que desde que Rael asumió el mando tras la desaparición de Miguel; no se volvió a saber nada de Baraquel. Por otra parte, tengo fuentes fiables que afirman que Anaita fue asesinada. Los otros ángeles, si intervienen, veré cómo eliminarlos del camino.

—No estás hablando de ir a cazar y matar a un hombre —intervino Ramsés—. ¡Son ángeles! —Aquellas últimas palabras sonaron más a una advertencia que un comentario.

—Lo sé muy bien —dijo Alain y sonrió.

Hubo un silencio y por un momento nadie dijo nada, hasta que Ramsés habló nuevamente:

—Entiendo tus motivos y tus planes, y estoy contigo —dijo apaciblemente Ramsés—. No eres el único que ha querido levantarse contra ellos. Nuestra historia está llena de hombres, ciudades y razas enteras que han querido levantarse contra ellos. Y el resultado siempre fue el mismo. Ellos son invencibles. Apenas han pasado diez años desde la última y la más terrible rebelión que ha habido contra ellos. Nosotros mismos combatimos en esa guerra en favor de los ángeles.

—Nos obligaron —intervino Alain, sonrió y luego dio otro sorbo a su copa.

—Les juramos lealtad y obediencia, por eso luchamos por ellos contra la raza de los Furianos —dijo Ramsés.

—No tuvimos opción, no estábamos preparados —dijo Alain.

—Y aún seguimos sin estarlo —dijo Ramsés.

—No. Yo sí lo estoy —dijo convincentemente Alain y bebió otra vez.

—¿Y nosotros qué? —Ramsés elevó la voz.

—Lo estarán —respondió Alain rápidamente. Ramsés se quedó mirándolo con pesar y no supo que más decir.

Alain dio unos pasos hacia ellos y agregó:

—Soy lo que los ángeles más temen, soy caos y destrucción para su gobierno y libertad para todas las razas y ciudades de Trimeria. Soy Alain, y seré la luz en este mundo de sombras.

Hubo otro silencio por unos segundos, hasta que Ainar habló:

—Entonces tendrás que hablarnos más de ti y de tus planes.

—Por supuesto. Por eso estamos aquí —dijo Alain, divertido—. Y ustedes no son los únicos que estoy incluyendo en mis planes.

—Ese par de discípulos tuyos, a los que abandonaste en nuestra ciudad, imagino que llegó la hora que formen parte del plan —dijo Ainar.

A Alain, se le esfumó la sonrisa del rostro y su semblante cambió a uno de tristeza y preocupación. Su mente y su corazón se inundaron con sentimientos que no pudo contener. Sus dos pequeños discípulos y amigos: Astor y Jolbart, a los que cuidó desde muy pequeños; ahora ya no los vería en mucho tiempo, pues Alain no tenía planes de regresar a su ciudad. Le había llegado el momento de empezar su rebelión, su lucha. Una larga guerra en la que tenía reservado un lugar para cada uno de ellos, llegado el momento justo.

—Sí, pero aún no es el momento que ellos formen

parte activa del plan —respondió Alain—. Por el momento los dejo bajo el cuidado de ustedes dos.

—Siempre cuidaremos de Astor y Jolbart. Y no solo de ellos, también de los demás huérfanos que rescatamos —dijo Ramsés con cierto pesar.

—Gracias, amigos —dijo Alain—. No saben lo mucho que Astor y su hermano, significan para mí. Nada de lo que yo logre tendrá sentido si en especial a Astor le pasa algo.

—No les pasará nada —aseguró Ainar—. No lo dudes Alain.

Alain miró a ambos a los ojos.

—Lo sé. Estoy convencido. Los dejo en manos de Ainar, el poderoso caballero, y Ramsés, Patriarca de la ciudad de Aurias —recitó Alain con convicción, y ambos asintieron con la cabeza.

Siguieron conversando acerca de las revelaciones, planes e ideas de Alain por dos horas más, hasta que el nublado día empezó a dar lugar a una penumbra que amenazaba con oscurecerlo todo, pues la noche había llegado. En todo momento, Ramsés no paraba de preguntarse, si él era la única persona que veía los planes de Alain, como una auténtica locura. Aquellas ideas solo podían divagar en la mente de una persona que haya perdido por completo todo juicio y razón. Por otra parte, también eran comparables con las ideas que solo podía tener una persona de voluntad inquebrantable, alguien seguro de sí mismo, alguien como nunca haya existido... «¿Sería Alain esa persona?» —Se preguntó Ramsés. Sus pensamientos se vieron interrumpidos, cuando llegó un carronato jalado por dos caballos que se detuvo muy cerca de donde ellos estaban.

—Llego la hora de irnos —dijo Ramsés a Ainar observando el carruaje que acababa de llegar.

—Llegó la hora de irnos. Buena suerte Alain.

Las palabras de Ramsés, fueron totalmente inexpresivas. No se pudo percibir ningún sentimiento en ellas. Todavía divagaban por la mente del patriarca, más de tres horas de conversación con aquel hombre que había jurado levantar a toda Trimeria contra los dioses.

Por otro lado, Ainar estrechó fuertemente la mano a Alain mirándolo fijamente. Alain pudo leer en sus ojos: «Estoy contigo amigo». Ramsés y Ainar, con sus capuchas puestas nuevamente, subieron en el carromato. Era un carromato comercial y común; no el que transportaría a un hombre de la envergadura de Ramsés, Patriarca de la ciudad. Viajarían de retorno a Aurias, pasando desapercibidos y en secreto, tal como habían salido. Aquella reunión quedaría en un secreto absoluto. No era para menos, acababan de reunirse con aquel hombre, que habría jurado derrocar a los ángeles.

Alain observó irse al carromato y junto a él, sus esperanzas. Sabía que su amigo Ainar, que era un guerrero, lo apoyaría en todo. Pero a Ramsés, el Patriarca de la ciudad de Aurias, no lo había convencido del todo. Su fe miguelina y su lealtad a los ángeles, acompañado de todas sus creencias y sus esperanzas arraigadas en las cosas divinas; lo hacían ser una persona difícil de convencer.

Cuando finalmente el carromato se perdió a la vista de Alain, este suspiró muy hondo, se quitó la espada de la espalda y la dejó caer al suelo. Relajó sus hombros liberándolos de toda tensión y cerró los ojos elevando su rostro al oscuro cielo.

Alain escuchó unos pasos aproximarse por detrás de él. Los pasos eran aletargados y cuidadosos; como quien acaricia la tierra con los pies desnudos. Se relajó, y unos segundos más tarde se estremeció cuando sintió un par de delicados brazos envolverlo. Las femeninas manos le acariciaron su abdomen, pasaron por sus tonificados pectorales y subieron por su cuello hasta mezclarse con su desalineada barba.

—Amada mía —dijo Alain en un suspiro—. Acabo de hacer lo que tanto me pediste que no hiciera. Acabo de condenar a mis amigos y a mi ciudad a una guerra.

—Lo sé —respondió ella sin dejar de acariciarlo—. Escuché todo.

—¿No estás enfadada conmigo?

—¿Por qué lo estaría? Sabía que igual lo harías —dijo ella dulcemente. Luego lo agarró por los hombros y lo giró hacia ella—. Pero me pondré muy furiosa si mueres —agregó.

Alain sonrió y la besó con pasión. Ambos se envolvieron en un torbellino de emociones, entre abrazos, caricias y besos; hasta que de pronto ella se detuvo de un sobresalto.

—¡Vaya! ¿Tú hiciste eso? —preguntó ella con la mirada clavada en la estatua decapitada.

Alain sonrió orgulloso, infló el pecho y los ojos le brillaron. Jade, su amada mujer, no necesitó más respuestas; lo miró cautivada por su sonrisa, Alain parecía un niño al que estaban a punto de regalarle un premio. Ella, con una media sonrisa dibujada en su precioso rostro, agregó:

—Esta guerra tuya, va a ponerse seria, ¿verdad?

—Así es, estoy dispuesto a combatir. No le sirvo a

ningún Rey, ni a ningún dios, porque para mí no lo hay. Voy a buscar y a encontrar al único ser divino capaz de restaurar el mundo: encontraré a Miguel. Y en mi búsqueda derrocaré a todo ángel que se me cruce en mi camino —afirmó Alain. Ella ya había tenido esa conversación con él muchas veces. Valoraba grandemente la determinación y la fe en sí mismo que tenía Alain, pero en el fondo no entendía cómo iba a ser posible lograrlo. Existían en todo Trimeria algunas razas de hombres muy poderosos y fuertes, con cualidades y poderes sobrenaturales. Alain era uno de muchos, de cientos; aquello era ya conocido. Pero ninguno era siquiera comparable con el poder de un ángel.

Unos aullidos tenebrosos se oyeron a la distancia, Jade se puso tensa.

—Lobos infernales se están acercando —dijo Jade.

—Entonces ya es hora de emprender nuestro viaje —dijo Alain.

—¿Cuál es tu plan?

—Mi amada Jade, mi primera prioridad será ponerte a ti a salvo.

—Creí que yo también formarí parte de tu plan, al igual que tus amigos —protestó Jade.

—Lo harás —afirmó Alain—. Pero a su debido tiempo, por ahora te necesito a ti sana y salva.

—No puedes hacer esto solo —dijo ella con preocupación.

—Tengo buenas noticias para ti, amada mía —dijo Alain y sonrió. — No empezaré solo mi travesía, ya tengo a mi primer reclutado —Jade alzó una ceja sorprendida, no podría imaginarse quién sería la persona que estaría tan loco como él para seguirlo.

—¿Quién? —preguntó ella con cierta inseguridad y

temiendo la respuesta que escucharía.

—Mi querido amigo Edmond, de la ciudad de Belgaria —dijo Alain con una amplia sonrisa—. Y es ahí donde nos dirigimos ahora, a la ciudad de Belgaria.

Jade no supo qué decir; ella se esperaba algún guerrero de mayor rango, otro rebelde o un grupo de mercenarios; pero ¿Edmond?... Esto no podía ponerse peor, era su amigo de cantina, con el que se habían metido en cientos de problemas durante toda su vida.

Otro aullido, mucho más cercano, se oyó, y Jade salió de sus pensamientos. Juntos se dirigieron detrás de la escultura de piedra de los tres ángeles; ahí tenían atados a sus dos caballos y sus pertenencias. Entre ellas, en el suelo posaba una acorazada armadura, grande y poderosa. Alain empezó a vestirse rápidamente, colocándose cada una de las piezas, con la ayuda de Jade. Cuando hubo terminado, su mujer le alcanzó su espada, aquella con la que había profanado la escultura. La espada en las manos de Jade parecía muy pesada, apenas se la alcanzó con un gemido. Era increíble pensar que alguien pudiera blandir una espada de esas dimensiones y de ese peso, parecía imposible poder pelear con esa arma. Sin embargo, cuando Alain la tomó y se la llevó a la espalda, parecía de lo más ligera. Era como si solo él pudiera blandirla. Algún enigma o poder protegía la espada de las manos de otros, volviéndola tremendamente pesada y, al mismo tiempo, imposible de usarla. Jade jamás entendió que misterio o poder encerraban aquella arma.

Por otra parte, los ojos de Jade se regocijaban de orgullo cuando veía a su amado vestido con tan prominente armadura. Se lo veía imponente y poderoso. Sin embargo, en esta ocasión, Alain no dejaría desprotegida a su mujer

en aquel viaje nocturno que estarían por emprender. Así que, Alain se sacó el yelmo y se lo puso a ella. No obstante, también se quitó las dos hombreras y se las colocó a ella, para darle más protección.

—Quiero que estas piezas las lleves contigo —le dijo Alain con firmeza, antes que ella empezara a protestar—. Yo, no las necesitaré.

—Pero Alain —protestó Jade—. En tu guerra, necesitarás de toda tu armadura. —Alain puso suavemente un dedo sobre los labios de Jade, traía la mano enguantada por su armadura, y los dedos gozaban de una protección metálica en cada uno de sus huesos. Jade sintió el frío metálico en sus labios cuando Alain la tocó.

—Como te lo acabo de decir, mi amada. No la necesitaré, al menos, no por el momento —le recitó Alain con dulzura, luego acercó sus labios a los de ellas y los calentó de nuevo.

Subieron a sus monturas y cabalgaron juntos hasta la ciudad de Belgaria, al encuentro de su amigo Edmond, para luego Alain emprender sus primeras travesías.

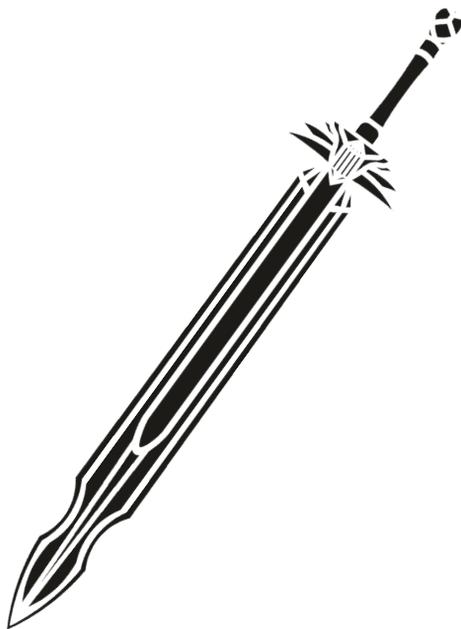




H M N



PRIMERA PARTE  
EL CAMINO DE  
ALAIN





# CAPÍTULO 1

## LADRONES

La pequeña y casi olvidada fortaleza de Pen, ahora no era más que una pequeña ciudadela casi desprotegida y en ruinas. Formaba parte de la gran ciudad de Dorian, que se encontraba a un kilómetro de distancia. Durante la guerra de la Purificación, la ciudadela de Pen fue una fortaleza inexpugnable, resistiendo todas las noches los ataques de los demonios; hasta que finalmente cayó.

Ya pasaron diez años desde aquel fatídico día. La ciudad de Dorian se recuperó muy deprisa, con la ayuda de la iglesia raeliana, lo que hizo que casi toda la ciudad, se convirtiera en devotos de esta religión. Sin embargo, un grupo de personas lideradas por algunos sacerdotes

miguelinos, se opusieron a cambiar su fe y sus creencias. Ellos decidieron seguir siendo miguelinos y jamás se convertirían en raelinos. Tomaron la fortaleza de Pen como su hogar, reconstruyeron sus murallas como les fue posible y se quedaron solos a enfrentar sus problemas.

Aquella tarde, la reunión en el templo de la fortaleza de Pen, se llevaba a cabo con suma urgencia. El lugar estaba compuesto por un generoso salón, en el que se alzaban cuatro sillas al fondo, detrás de una mesa de roble. En la segunda silla, la sacerdotisa Victoria guardaba silencio, ensimismada en otros pensamientos; jugueteaba distraídamente con dos piedras de color azul, que tenían un brillo muy extraño y que colgaban de su cuello en forma de pendientes. Las toqueteaba y pasaba sus dedos por ellas, mientras los demás sacerdotes llevaban a cabo la reunión.

—Sacerdote Frey, explíquenos por favor. ¿Cuál es la situación actual? —preguntó el sacerdote Gregor al más joven de ellos.

—Es la misma de todas las noches, mi señor —dijo el sacerdote Frey poniéndose de pie—. Son los mismos tres lobos wargos, que todas las noches amenazan con entrar a la fortaleza. Nuestra improvisada muralla no resistirá una noche más.

—¿Por qué los guardias no han podido matarlos hasta ahora? —preguntó el sacerdote Gregor. Era un hombre de mediana edad, traía una barba negra bien delineada, que contrastaba con sus blancas túnicas.

—La ciudad de Dorian nos envió solo diez guardias. Estos custodian desde arriba en la muralla, desde donde solo se puede atacar con lanzas y flechas. Esas bestias, además de enormes, son muy ágiles. Hemos comprobado, con mucho pesar, que dichas armas no son eficaces

para abatirlas. Pero si tan solo, un lobo lograra entrar, dudo mucho que diez guardias pudieran hacer algo —dijo el joven sacerdote Frey.

—Yo creo que debemos cambiar las velas blancas por velas rumánicas —intervino Dilan, el tercer y más anciano de los sacerdotes.

—¿Velas rumánicas? ¿De qué habla sacerdote Dilan? —preguntó Frey, muy desorientado.

—Debemos cambiar las velas blancas por velas rumánicas —repitió el sacerdote Dilan con su voz cansada y con el entusiasmo propio de un niño.

—¡Eso sería vergonzoso! Llevamos décadas utilizando las velas blancas —dijo Gregor.

—Dicen que cuando se ora con una de estas velas durante una hora, tus oraciones llegan directo a los oídos del arcángel Miguel —explicó el anciano Dilan.

—¡Eso es absurdo! —dijo Frey—. Lo mejor sería enviar un mensaje al patriarca de la ciudad de Dorian, solicitando más ayuda.

—La ciudad de Dorian no enviará más ayuda —afirmó el sacerdote Gregor—. La última vez fueron muy claros. Dijeron que esos diez guardias serían la única protección que recibiríamos.

—¡Debemos usar velas rumánicas y orar día y noche! —exclamó el sacerdote Dilan.

—Nuestras vidas correrán peligro, si los lobos atraviesan nuestra decadente muralla —dijo Gregor, ignorando las palabras del sacerdote Dilan.

—¡Velas rumánicas! —dijo el sacerdote Dilan poniéndose de pie y golpeando la mesa con las manos, en señal de protesta—. ¿Por qué nadie me escucha?

—¡Silencio todos! —dijo una voz femenina que

tronó en el salón—. Sacerdote Dilan, estamos aquí para tratar temas más importantes, olvídense de las condenadas velas —dijo la sacerdotisa Victoria.

Todo el salón calló de súbito. Los sacerdotes se miraron por unos segundos, hasta que finalmente el anciano sacerdote Dilan dijo nuevamente.

—¡Mi señora! Las velas rumánicas...

—¡Sacerdote Dilan! —Le interrumpió la sacerdotisa—. Olvídense de las velas y concentrémonos en los problemas que tenemos ahora mismo.

El sacerdote Dilan se encogió de hombros y avergonzado volvió a sentarse.

—Sacerdote mayor Gregor: ¿qué acciones cree que debemos de tomar ante tal situación? —preguntó la sacerdotisa con tono autoritario.

—Me temo que es muy probable que esta noche esos lobos logren traspasar nuestra muralla, mi señora —afirmó Gregor—. Por tanto, ya va siendo hora que enviemos a los pocos habitantes que tenemos a la ciudad de Dorian. Es la única manera de salvarlos de un destino trágico —agregó luego con una notable preocupación en su rostro.

Victoria agachó la cabeza preocupada. Aquello significaría abandonar la fortaleza de Pen, incluyendo a todos los que representaban el cuerpo eclesiástico, y buscar refugio en la ciudad de Dorian. Ahí tendrían la obligación de convertirse a la religión raeliana para continuar sus servicios. Aquello implicaría renunciar a todo en lo que creen y abandonar Pen a su suerte.

—¿Cuántos lobos son los que nos atacan cada noche? —preguntó Victoria.

—Los mismos tres lobos de siempre, mi señora —se apresuró a responder Frey, el más joven de los tres sa-

cerdotes.

—El lobo con la oreja blanca. ¿Sigue entre ellos?  
—preguntó con curiosidad Victoria.

—Sí, mi señora —afirmó Frey con pesar.

—Ese maldito lobo fue el que mató a mi padre —recordó Victoria con enfado—. No puede ser que nadie haya podido matarlo hasta ahora. Encima tengo que renunciar a Pen y a mi fe, ¿para que ese maldito lobo convierta este lugar en su nido? —resonó de enojo Victoria, que no pudo disimular su decepción y se preparó para lanzar maldiciones en protesta; pero una voz la interrumpió.

—Mi señora, piense en que tal vez las velas rumánicas podrían ayudar —dijo Dilan con voz apacible y una inocencia imposible de creer.

La sacerdotisa hizo una mueca de desagrado, ahora no tenía tiempo para tratar con aquel anciano y sus desvaríos. A ella solo le importaba la seguridad de su fortaleza y de los pocos habitantes que le quedaban.

A los pocos segundos, cuando la discusión por las velas empezaba nuevamente a encenderse, un grupo de guardias irrumpió en el salón del templo.

—¡Sacerdotisa! —tronó la voz de un guardia, que de súbito abrió las puertas del templo— Tiene que ver esto. Hemos capturado a una persona indeseable en el manantial sagrado que está detrás del templo.

—¿Qué hacía en nuestras sagradas aguas? —preguntó la sacerdotisa poniéndose de pie.

Por un momento el guardia no supo cómo responder. Luego de un breve instante dijo:

—Al parecer, estaba dándose un baño, mi señora —respondió.

La sacerdotisa abrió los ojos desorbitadamente.

¿Qué persona, en su sano juicio, profanaría un lugar sagrado? No podía creer lo que acababa de escuchar.

—Tráiganlo ante mí, ahora mismo —ordenó molesta.

—¡Sí, mi señora! —dijo el guardia. A continuación, se giró e hizo una seña a los guardias que esperaban en la puerta—. Tráiganlo, la sacerdotisa quiere verlo.

Cuatro guardias ingresaron al salón escoltando a un hombre. Lo pusieron en el centro, a la vista de todos. El prisionero traía las manos atadas a la espalda y estaba completamente desnudo. A la sacerdotisa casi se le sale el corazón por la boca. Cuando apenas lo vio, se giró a un lado y se sentó de golpe.

—¡Pero por todos los dioses! ¿Qué es esto? ¡Cúbranlo de inmediato! —dijo enfadada la sacerdotisa, haciendo gestos despavoridos con las manos. Por fortuna para ella y su dignidad, lo que más le llamó la atención de aquel cuerpo, fue una extraña cicatriz ubicada en la última costilla de su lado derecho. Parecía una de esas heridas que se hacen en las batallas y de las que normalmente no sobreviven. Sin embargo, en aquel hombre la herida lucía completamente cicatrizada y de muchos años atrás. El prisionero no aparentaba tener más de treinta años. ¿Habría estado en alguna batalla siendo tan joven? —Se preguntó a sí misma. Luego de unos segundos, Victoria decidió dejar aquello para otro momento. Lo que importaba ahora, era saber que hacía aquel individuo en su fortaleza.

Finalmente, uno de los guardias tomó un pedazo de tela y se lo dio al prisionero.

—¡Toma, cúbrete! —Le dijo el guardia.

El prisionero, con las manos atadas, tomó el pequeño pedazo de tela y lo usó como taparrabo, para cubrirse.

—¿Dónde está la ropa de este hombre? —preguntó la sacerdotisa.

—Encontramos a este hombre bañándose en las sagradas aguas de nuestro manantial —dijo el guardia—. Junto a él, estaba su ropa —otro guardia se acercó y depositó en el suelo un pequeño tumulto de ropas que parecían más harapos que vestiduras—. Y también traía una armadura y una espada.

Otros guardias empezaron a entrar uno a uno, cargando partes de lo que parecía una acorazada armadura. Dejaban una pieza en el suelo y se retiraban. El último guardia trajo una enorme espada que apenas pudo alzarla utilizando ambos brazos. Al dejarla caer al piso, un sonoro campanazo resonó en el salón delatando lo pesada que era aquella espada.

Victoria, no era experta en espadas y jamás había estado en algún combate. Pero había vivido rodeada de guardias y hombres que cargaban y combatían con espadas. Lo poco que sabía de aquellas armas se puso en duda, cuando vio la enorme espada que trajeron del prisionero. No solo por su tamaño, sino por lo pesada que aparentaba ser. ¿Qué hombre podría combatir con tal peso en sus manos? Le parecía inconcebible y poco práctico pelear con algo así.

—¿Eres un caballero? —preguntó la sacerdotisa al prisionero.

—Sí, mi señora —respondió calmadamente. Su voz era tranquila y apacible; y no parecía sentir miedo alguno.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Alain —respondió el prisionero y por primera vez alzó la cabeza y miró a la sacerdotisa. Alain lucía un cuerpo atlético, con músculos marcados y defi-

nidos. Aún se encontraba mojado y por su rostro se escurrían gotas de agua. Tenía la barba desalineada y un cabello alborotado que le cubría gran parte del rostro. Tenía la piel ligeramente morena y ojos marrones a juego con su cabello negro.

—¿Qué hacías en nuestro manantial sagrado? —preguntó la sacerdotisa.

—¿Manantial sagrado? —respondió Alain— Yo solo vine a buscar algo y vi ese pequeño arroyo con aguas cristalinas y no pude reprimir el deseo de darme un baño. Hace semanas que no lo hacía —dijo con naturalidad.

Los sacerdotes se miraron entre ellos y empezaron a lanzar exclamaciones de desaprobación. La sacerdotisa mandó a callar a todos con un gesto de su mano.

—¿Qué has venido a buscar? —preguntó ella.

—Un libro sagrado y muy antiguo, escrito por uno de los doce ángeles, o eso es lo que dicen —dijo Alain y miró con atención cómo el rostro de la sacerdotisa cambiaba de enojo a una expresión de asombro.

Sin darse cuenta, la sacerdotisa llevó su mano nuevamente a su pendiente y empezó a toquetear aquellas piedras azules que traía en el cuello.

—¿Cómo sabes tú de la existencia de ese libro? —preguntó Victoria.

—Yo sé muchas cosas mi señora. Ahora dígame: ¿dónde lo tiene? —dijo Alain con una media sonrisa en sus labios.

—Ese libro no está a tu alcance y jamás lo conseguirás —dijo la sacerdotisa que trataba de guardar la compostura.

—Se equivoca mi señora. Lo conseguiré, cueste lo que cueste —afirmó Alain.

—No estás en posición de pedir nada. Acabas de cometer una ofensa muy grande a nuestro templo.

—Lo hago todo el tiempo —desafió Alain con voz suave y una sonrisa en el rostro.

—No te perdonaré que hayas ensuciado nuestras aguas con tu sucio cuerpo —sentenció la sacerdotisa.

Alain cambió su semblante a uno de más seriedad. Dirigió su mirada hacia ella y con decisión le dijo:

—¡Mi señora Victoria! Hay solo dos maneras de que usted me entregue ese libro. Una es por las buenas y otra es por las malas. Así que, si no va a cooperar por las buenas, tendrá que ser...

—¡Por las malas! —interrumpió Victoria—. Dime Caballero Alain, ¿qué harás? —agregó con tono desafiante.

—¡Bueno! No quería llegar a esto, pero usted me obliga —dijo Alain—. En cuanto dé una orden, un temible caballero entrará por esa puerta: me liberará, juntos acabaremos con todos los guardias y le obligaremos a darme lo que busco.

La sacerdotisa Victoria se recostó sobre su asiento despreocupadamente y empezó nuevamente a jugar con aquellas peculiares piedras azules. Luego de unos breves segundos dijo:

—Adelante. Hazlo.

Alain, sin tener más alternativas, decidió que era hora de emplear su plan de rescate. Metió aire a sus pulmones y gritó:

—¡Ataca!

Los demás sacerdotes se inquietaron, pero la sacerdotisa y los guardias no se inmutaron, actuaron como si nada pasara y así fue; nada ocurrió. Alain desconcertado

miró a los lados y gritó nuevamente.

—¡Ataca!

Y una vez más, nada ocurrió. Nadie acudió a su rescate.

—Creo que tu amigo no podrá rescatarte esta vez —dijo Victoria. Acto seguido, ingresaron dos guardias, trayendo a rastras un hombre de mediana estatura, robusto y algo barrigón.

—¡Maldición Edmond! Se suponía que debías rescatarme, no dejarte capturar —dijo Alain decepcionado al ver a su salvador apresado, con las manos atadas a la espalda, como un ordinario ladrón.

—Sacerdotisa Victoria —dijo uno de los guardias— Encontramos a este otro intentando ingresar a su alcoba. No fue difícil capturarlo, estaba muy ebrio, tropezó con uno de sus muebles y así nos alertó de su presencia y lo capturamos —explicó el guardia.

—Maldita sea Edmond. Una sola cosa no puedes hacer bien —le recrimino Alain.

—Lo siento mucho Alain —intentó disculparse, Edmond—, creo que no debí haber bebido mucho.

—Esa es tu excusa de siempre. Creo que no debiste venir a esta misión —dijo Alain, molesto mientras permanecía de rodillas y atado de manos a la espalda en el centro del salón. Los guardias pusieron a Edmond al lado de Alain y la reprimenda entre ellos continuó.

—Te salvé el pellejo varias veces. ¿Por qué no me hiciste caso? Yo te dije que entráramos rompiendo todo y tomáramos por la fuerza lo que venimos a buscar —dijo Edmond molesto—. Pero tú querías hablar con la Sacerdotisa. ¡Ella entenderá! ¡Es una buena persona! —agregó Edmond con teatralidad.

—Siempre arruinas los planes —dijo Alain.

—Además, ¿qué haces desnudo? —preguntó Edmond desconcertado. Alain no supo qué responder.

—Me estaba bañando —respondió avergonzado.

—¿Y así me culpas de no seguir el plan? Eres un imbécil, Alain — gritó Edmond.

Los insultos y las reprimendas entre ellos continuaron. La sacerdotisa y los sacerdotes observaron absortos la discusión entre los ahora prisioneros. «Son el peor par de ladrones que he visto en mi vida» —murmuró para sí misma la sacerdotisa. Ella en sus cuarenta primaveras de vida había presenciado muchas veces a su padre, el anterior sacerdote de la fortaleza de Pen; condenar a varios ladrones y timadores, pero nunca había conocido a ladrones tan discordantes como aquellos dos.

— ¡Por todos los dioses! ¿Pero quiénes son ustedes? —preguntó finalmente Victoria, que ya no soportaba verlos discutir.

—Él es Alain, Caballero Guardián de la ciudad de Aurias —se apresuró a decir Edmond. La sacerdotisa arrugó la frente pensativa.

—Oí hablar de un caballero de la ciudad de Aurias, que lo buscan por hereje y traidor —dijo Victoria.

—Sí, es él —dijo Edmond apuntando con la mirada a Alain.

En ese momento, Victoria abrió los ojos sorprendida y los demás sacerdotes murmuraron entre ellos.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el sacerdote Frey a Edmond.

—Nadie importante —se apresuró a responder Edmond.

—Él es Edmond, de la ciudad de Belgaria, hijo del

Rey Borten; el Rey aliado de los demonios —dijo Alain con una sonrisa vengativa.

Hubo un sobresalto abrumador en el salón, al oír tales declaraciones. El anciano Dilan se puso de pie y apuntando a Edmond con el dedo, empezó a gritar desparpavidamente.

—¡Un demonio! ¡Un demonio!

Edmond puso los ojos en blanco, iba a decir algo en su defensa, pero en ese instante sintió algo frío y filo en su garganta. Un guardia se había acercado por detrás y le había puesto una daga en el cuello.

—No soy un demonio —dijo Edmond calmadamente intentando tranquilizar a su captor.

—¡Silencio! —tronó la sacerdotisa, y todo el salón se sumergió en una tensa paz momentánea.

—Así que tenemos a un hereje y traidor; y al hijo de otro hereje que pacta con los demonios —dijo la sacerdotisa, estudiando la situación—. Los voy a ejecutar a ambos —agregó luego de pensarlo por un instante.

La sacerdotisa Victoria acababa de sentenciar a Alain y a Edmond; su dureza y frialdad eran determinantes; ahora los dos amigos se encontraban en un grave aprieto.

—¡Ejecútelo a él, mi señora! —dijo Alain apuntando a Edmond.

—¡No! Él fue quien se bañó en sus sagradas aguas y, además, está desnudo. ¡Ejecútelo a él! —Se defendió Edmond.

—¡Silencio! —gritó Victoria—. ¡Ordenaré la ejecución de ambos!

—Estarás cometiendo una grave transgresión, al ordenar la muerte de dos hombres sin un juicio justo —

dijo Alain de pronto.

—¿Juicio justo? Acaso un par de vulgares ladrones, como ustedes, ¿necesitan un juicio? Yo sola, soy su juicio y su condenación. Ahora solo falta dictar la sentencia —dijo Victoria con una irónica sonrisa.

—Mi señora Victoria, una miguelina como usted, no creo que falte a las leyes de su fe. Sé muy bien que tiene que haber unanimidad en este congreso para sentenciar a muerte a alguien —dijo Alain.

—Estás muy bien informado de nuestras leyes para ser un común ladrón. ¿Crees que los sacerdotes aquí presentes votarán a favor de ustedes? —dijo Victoria y se echó a reír.

—De todas maneras, quiero oír sus votos. Así lo demanda la ley de la justicia bajo la religión Migueliana —dijo Alain, sabiendo perfectamente que la sacerdotisa no podía ignorarlo.

Victoria fulminó con la mirada a Alain.

—¡Está bien! ¡Tú ganas! —admitió Victoria. A continuación, se puso en pie y de mala gana dijo —Ante este consejo presento a estos dos que fueron encontrados culpables de actos de sacrilegio. Por tanto, dado que estos hombres no tienen cómo compensar sus malos actos, se les dará pena de muerte —dijo Victoria, sin quitarle la vista a Alain, que no se inmutó—. Yo, como la sacerdotisa mayor de la fortaleza de Pen, voto a favor de la pena de muerte —dicho esto la sacerdotisa sonrió—. Sacerdote Frey ¿Su voto por favor? —giró la cabeza y miró confiada al más joven de los sacerdotes. Frey fue instruido por la mismísima sacerdotisa en la fe; por tanto, sus convicciones eran las mismas que las de su maestra.

Se puso en pie, resuelto a dar su voto, pero antes de

que dijera una palabra, Alain le interrumpió.

—Frey, sé que estás preocupado por la seguridad de esta fortaleza, esa es tu responsabilidad y temes mucho que las defensas caigan esta noche —le dijo Alain—. Mi amigo Edmond y yo, podemos matar a esas bestias esta misma noche.

Frey se quedó de piedra ante tal propuesta. Los otros sacerdotes y guardias presentes, se miraron entre ellos. Una chispa de esperanza afloró en los corazones de todos, excepto en el de Victoria.

—Dirías cualquier cosa por salvar tu vida —dijo Victoria.

—¡Mi señora Victoria! Le aseguro que mi vida no se extinguirá en Pen; mi destino es otro —dijo Alain con fuerte convicción.

—Además, no pierde nada con dejarnos intentarlo —dijo Edmond cuidadosamente, aún tenía a uno de los guardias con su daga en el cuello—. Si fracasamos, igual moriríamos, ¿cierto? —agregó luego.

El sacerdote Gregor murmuraba con Frey, parecían ponerse de acuerdo en algo. Victoria, al verlos, los fulminó con la mirada.

—¡Sacerdote Frey! ¿Su voto? —dijo con frialdad Victoria.

—Dado esta última propuesta, debemos considerar los beneficios que tendríamos si estos dos llegaran a tener éxito —explicó Frey—. ¡Mi señora Victoria! Creo que valdría la pena intentarlo. Por consiguiente, sugiero, como nuevo castigo, poner a estos dos que pasen la noche fuera de la muralla para que enfrenten a los lobos. Ese es mi voto —dijo finalmente Frey y no se atrevió a mirarle a la cara a la sacerdotisa.

Victoria lo fulminó con la mirada. Con un nuevo sentimiento de pesar y enojo, se dirigió al sacerdote Gregor.

—¿Y tú, sacerdote Gregor? ¿Su voto?

—Voto a favor que estos dos prueben su valía fuera de la muralla —respondió Gregor.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Victoria—, ¿no se dan cuenta de que son un par de charlatanes? No creo que logren matar ni siquiera a uno solo —Victoria dirigió su mirada al último de los sacerdotes, al anciano Dilan—. Sacerdote Dilan, todo queda en sus manos. Recuerde usted que a los herejes y los amigos de los demonios no se les debe tener misericordia. —Le recordó la sacerdotisa. El voto del anciano, que sin duda alguna sería el mismo que el de ella, pondría la votación dos a dos; por tanto, lo que seguiría a continuación sería; que cada uno podría reconsiderar su voto, hasta lograr la unanimidad. No sin antes dar alegatos a favor o en contra para convencer a los demás, algo en lo que, sin duda alguna, Victoria era la más experta. Lo que les esperaba a continuación serían unas duras reprimendas hasta que aceptaran la sentencia que ella misma ya había dictaminado; la pena de muerte para esos dos.

—¡Sí, mi señora! —dijo Dilan muy convencido— Yo estoy con usted: no debemos perdonar a los herejes —argumentó el anciano sacudiendo las manos a los cielos—. Deben morir. Nosotros oraremos por la seguridad de nuestra gente...

—Con velas rumánicas ¿verdad? —interrumpió Alain—. Gran sacerdote Dilan, si usted nos permite a mi amigo y a mí, salir a matar a esos lobos, yo mismo le entregaré velas rumánicas. ¡Son las únicas que elevan las

oraciones hasta los oídos del arcángel Miguel! —dijo hablándole como si de un niño se tratara. Al anciano Dilan le brillaron los ojos y se quedó sin habla. Balbuceó un poco intentando articular algo, hasta que finalmente dijo.

—¿Tú conoces las velas rumánicas?

—Yo mismo cargo con un par de ellas entre mis cosas —respondió Alain sonriente—. No dudaría en compartirlas con usted, si fuera tan amable de darnos la oportunidad de luchar allá afuera y también, de recibir una bendición de su parte —agregó con una inclinación de cabeza.

La sacerdotisa puso los ojos en blanco y se agarró la cabeza.

—Voto a favor de que Alain y Edmond maten a esos lobos —dijo finalmente el anciano Dilan entusiasmado antes de que la sacerdotisa protestara. Acto seguido, se levantó de su silla con intención de ir hasta donde estaba Alain, para declamar una bendición, como le había pedido.

—¡Quédese donde está Sacerdote Dilan! —ordenó la sacerdotisa—. ¡Usted no va a bendecir a ningún hereje! —agregó con los ojos clavados en el anciano. Este se encogió de hombros y avergonzado volvió a su asiento.

—En cuanto a usted, mi señora Victoria —dijo Alain—, tengo una oferta que hacerle.

—¡No tienes nada que ofrecerme: solo tu cabeza y la de tu amigo en un plato! —dijo Victoria frunciendo el ceño.

—Si nos deja pasar la noche afuera de la muralla y matar a esos lobos, le traeré la cabeza de aquel que mató a su padre —dijo Alain con seriedad—. Ya no tendrá que preocuparse más por ese asunto y sus rencores descansa-

rán en paz junto a la memoria de su padre —agregó, mientras Victoria se quedaba muda del asombro—. Si cree que mi oferta no es suficiente, puede quedarse con la cabeza de Edmond.

—¡Oye! —protestó Edmond que aún sentía la afilada daga sobre su cuello. Alain le sonrió.

—¿En verdad te crees capaz de matar a ese lobo? —preguntó Victoria dubitativa.

—Sí, entiendo que aún no se hayan dado cuenta de quienes somos. Eso no importa por el momento. Sin embargo, tengo peticiones que hacerle —dijo Alain.

—Preservar sus miserables vidas, ¿no es petición suficiente? —dijo Victoria con tono de superioridad.

—Nuestras vidas se juegan si logramos sobrevivir a los lobos wargos, eso ya está acordado. Sin embargo, si vencemos, la fortaleza de Pen gozará de paz por un buen tiempo. Suficiente para reforzar sus murallas y sus defensas. Por salvar a todos en esta ciudad, requerimos algo a cambio —explicó Alain. La sacerdotisa lo miró con odio.

—¿Qué quieren a cambio de salvar la fortaleza? —preguntó ella, con un interés que no supo cómo disimular.

—Quiero que nos entregue el libro que venimos a buscar —dijo Alain.

Victoria ya se esperaba aquello y estaba lista para responder.

—Ese libro sagrado fue llevado a la ciudad de Taverim y entregado en las manos del Gran Padre, el líder de nuestra orden. Él vive en la torre más alta de aquella ciudad. Un santuario inexpugnable, custodiado por los temibles guardias divinos —dijo ella—. No podrán llegar a él sin mi ayuda. Nadie puede acercarse al Gran Padre —agregó Victoria con satisfacción y casi sin darse cuenta

llevó la mano nuevamente, al pendiente de su cuello, donde estaban ese par de piedras azules.

Alain pensó por unos instantes. Luego de unos segundos dijo:

—Solo necesito ese par de piedras del pacto, que cuelgan de su cuello y podré conseguir ese libro —dijo Alain y sonrió.

—¿Cómo sabes qué son estas piedras y para qué sirven? —preguntó Victoria, asombrada, mientras apretaba con su mano los pendientes.

—Ya se lo dije, sé muchas cosas. Ahora mi señora, la salvación de Pen depende de esas piedras. Si matamos a los lobos, esas piedras serán de Edmond y mía —dijo Alain decidido.

—¡No! —dijo Victoria.

—¡Mi señora, piénselo por favor! —dijo el sacerdote Gregor—. Podría ser nuestra salvación.

—Sacerdotisa, ellos son la respuesta a nuestras oraciones de salvación —dijo Frey—. Si ellos tienen éxito, no tendríamos que abandonar Pen; y si fracasan, habrán muerto. ¿Acaso no es eso lo que quiere? —agregó.

—¡Al fin tendremos velas rumánicas! —exclamó el anciano Dilan—. Mi señora, piense en las velas.

Victoria se agarró la cabeza con desesperación. ¿Cómo era posible que Alain, un hereje y su ebrio compañero, hayan podido poner de su parte a todo el consejo? Y ahora estaban a punto de convencerla a ella también. ¿Cómo podía aquel impío hombre, saber del libro sagrado, de las piedras del pacto, de la muerte de su padre y sentirse tan seguro de poder matar a los lobos que aterrorizaban la fortaleza por las noches? Victoria no podía más con todos presionándola.

—¡Te daré una piedra! —dijo finalmente Victoria.

—Necesito las dos —protestó Alain.

—¡Quiero la cabeza del lobo con la oreja blanca!  
—dijo Victoria.

—Te traeré las tres cabezas y si llega a faltar una, se puede quedar con la cabeza de Edmond —dijo Alain, y sonrió mirando a su amigo.

—¡Oye! —protestó Edmond.

—Quiero las tres cabezas —confirmó Victoria.

—Tres cabezas por las dos piedras —afirmó Alain.

—¿Y las velas rumánicas? —intervino Dilan.

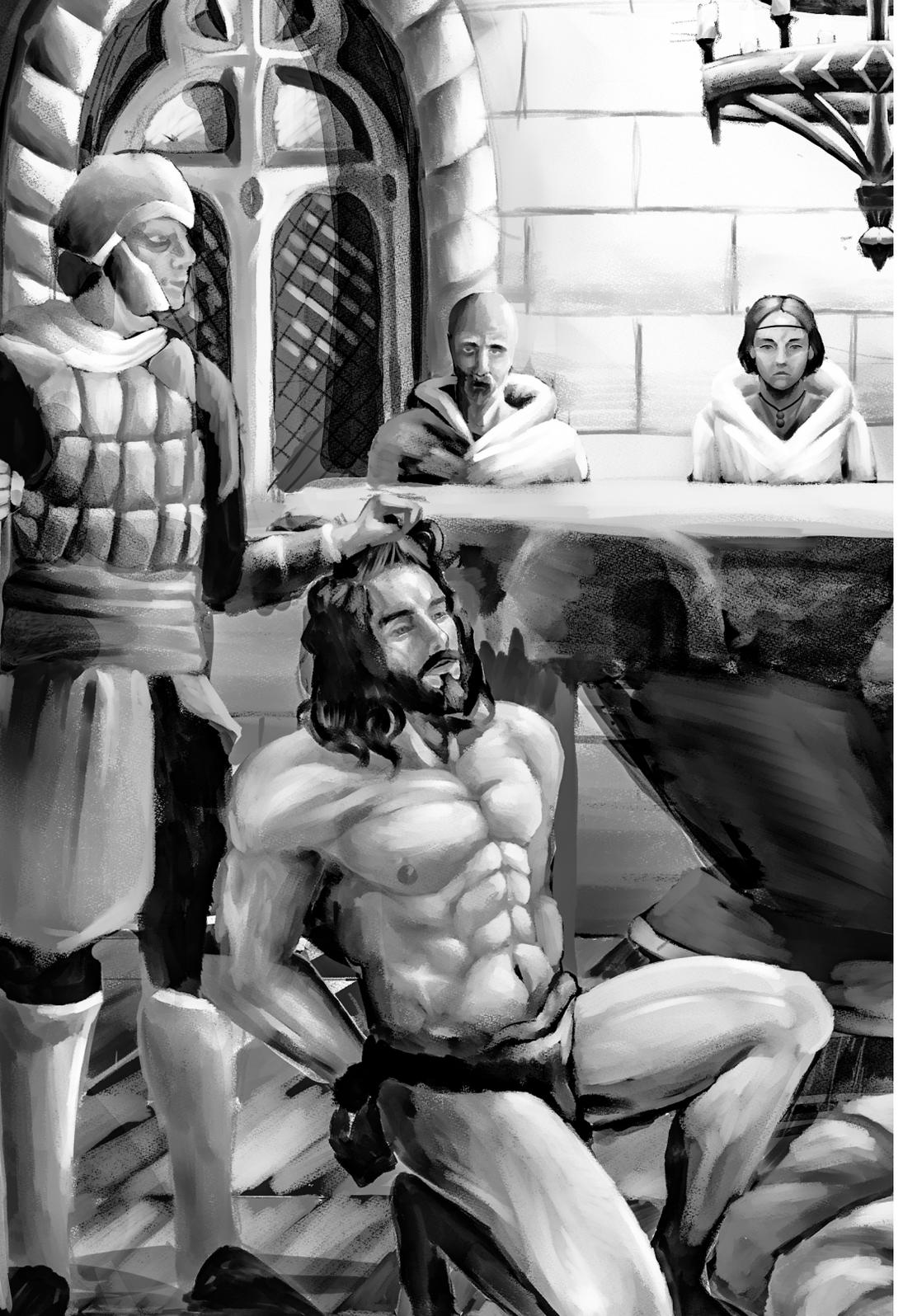
—Sacerdote Dilan, ¡cállese! —Lo regañó Victoria.

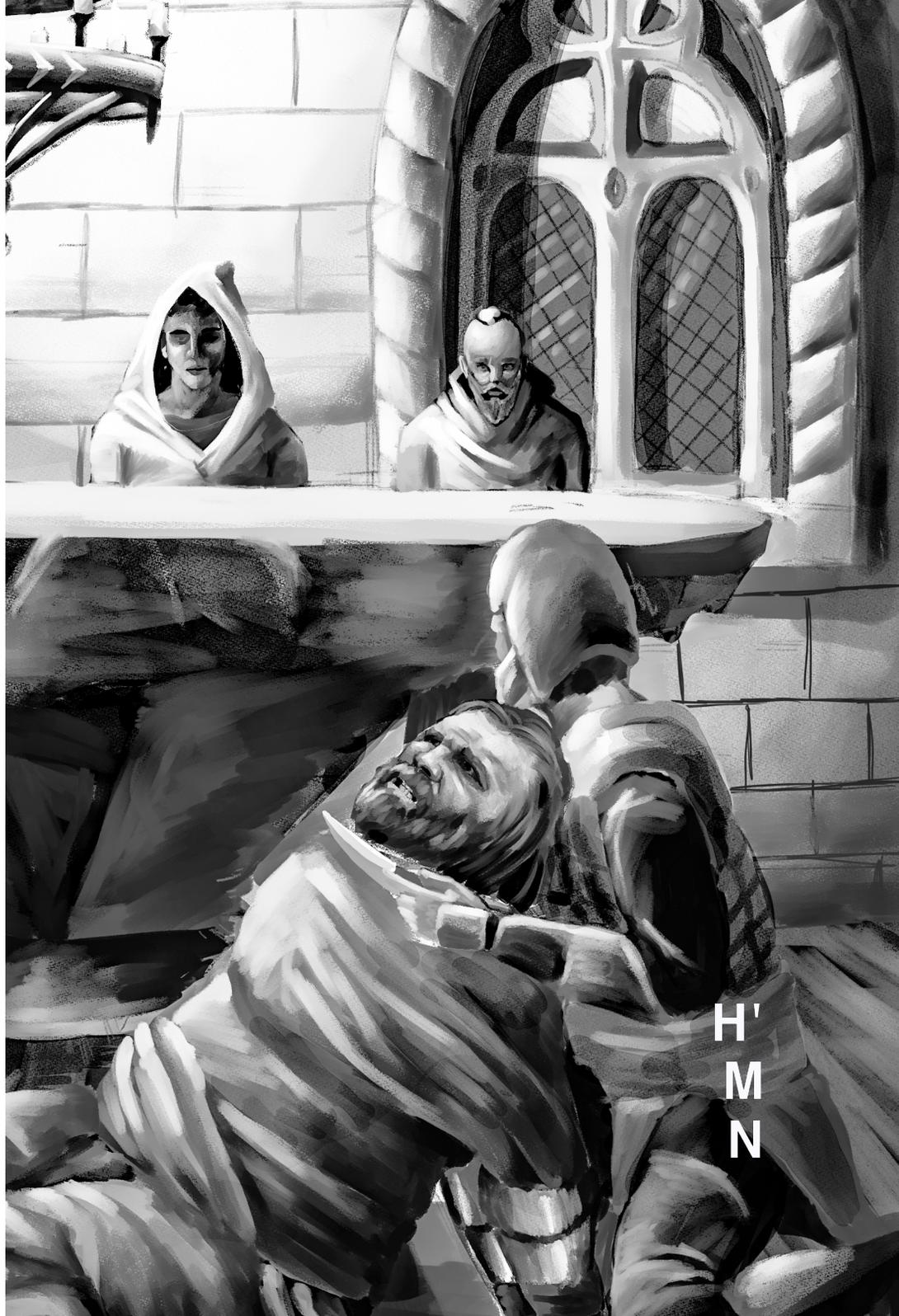
—Tres cabezas y dos velas rumánicas; por dos piedras del pacto y la bendición de ese hombre —dijo Alain apuntando con la mirada al sacerdote Dilan.

—¡Sí! ¡Sí! —resonó de alegría el anciano.

Victoria se agarró la cabeza, ya no podía más con aquella locura. Se sentó de golpe sobre su silla, suspiró muy hondo y finalmente dijo:

—Acepto.





H'  
M  
N



# CAPÍTULO 2

## PAZ CON EL PASADO

Cuando la noche finalmente llegó, la sacerdotisa Victoria ordenó que soltaran a los prisioneros. A Alain le dejaron vestir sus prendas y tomar solo su espada, dejando su armadura donde los guardias la habían puesto. Él no puso objeción al respecto, al parecer no le importaba tener que salir a pelear sin ella. Por su parte, Edmond solo traía como armadura unos brazaletes que le cubrían desde el codo hasta las muñecas y también una espada, una muy diferente a la descomunal espada de Alain; era corta y ligera, similar a las que los guardias tenían en sus vainas.

La sacerdotisa Victoria, observó con total disimulo a Alain cuando este empezó a vestirse; sus intenciones no eran otras más que estudiar nuevamente aquella cicatriz en sus costillas del lado derecho. Con gran asombro vio, que en su espalda tenía otra cicatriz de similar envergadura, casi a la misma altura de la que tenía de frente. Rápidamente, dedujo que lo más probable era, que algo lo habría atravesado en alguna ocasión, causándole una herida de ese tipo. Una vez más Victoria se preguntó, ¿cómo alguien pudo sobrevivir a una fatalidad así?

Los dos condenados, ahora sentenciados a un casti-